

### 34a. Ordinario, Jueves

***"Cuando ustedes vean a Jerusalén cercada por ejércitos, sepan entonces que se acerca su desolación. Entonces, los que estén en Judea, huyan a los montes; y los que estén en medio de la ciudad, que se alejen; y los que estén en los campos, que no entren en ella; porque éstos son días de venganza, y se cumplirá todo cuanto está escrito. ¡Ay de las que estén encinta o criando en aquellos días! Habrá, en efecto, una gran calamidad sobre la tierra, y Cólera contra este pueblo; y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones, y Jerusalén será pisoteada por los gentiles, hasta que se cumpla el tiempo de los gentiles. Habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas; y en la tierra, angustia de las gentes, perplejas por el estruendo del mar y de las olas, muriéndose los hombres de terror y de ansiedad por las cosas que vendrán sobre el mundo; porque las fuerzas de los cielos serán sacudidas. Y entonces verán venir al Hijo del hombre en una nube con gran poder y gloria. Cuando empiecen a suceder estas cosas, cobren ánimo y levanten la cabeza porque se acerca su liberación" (Lucas 21,20-28).***

La lectura de estos versículos resulta algo difícil, pues aquí se entremezclan datos que pertenecen a la ruina de Jerusalén y la derrota de las esperanzas del pueblo judío de liberarse del poderío del Imperio Romano.

Desde el punto de vista estrictamente humano esta derrota se veía clara desde mucho antes, pues por entonces Roma era la capital del mundo conocido. Su poderío militar había logrado conquistar gran parte de ese mundo, y los judíos solo contaban con su ardor patriótico y la valentía de sus luchadores, pero que poco podían ante un ejército poderoso y disciplinado.

Con todo, si bien el Señor permitió todo eso, respetando siempre la libertad de los hombres, hace ver que no todo está perdido, y que ese pueblo elegido que tantas veces traicionó su confianza, emergería de sus ruinas para cumplir una última misión.

El fin de este mundo creado ha sido determinado por Dios desde la eternidad. Todo esto tiene una finalidad solo conocida por su Creador. No podemos sospechar siquiera cuando ha de ocurrir lo que Jesús anuncia acerca del fin de los tiempos. La incertidumbre tiene que ser un acicate para conformar nuestras vidas con los planes del Señor.

Y es que destrucción no es precisamente lo que Dios se propone, sino transformación y superación. De ahí que Jesús anuncie que todo podrá pasar, pero su Palabra no pasará. Y El anuncia cielos nuevos y tierra nuevos, una liberación de la que disfrutarán aquellos que no se han dejado confundir y no han puesto su interés en las cosas de este mundo, sino han creído que lo que Jesús promete ocurrirá.

San Pedro nos da una idea de lo que Dios espera de nosotros cuando, en su Segunda Carta, nos dice: "El Día del Señor llegará como un ladrón; en aquel día, los cielos, con ruido ensordecedor, se desharán; los elementos, abrasados, se disolverán, y la tierra y cuanto ella encierra se consumirá. Puesto que todas estas cosas han de disolverse así, ¿cómo conviene que sean ustedes en su santa conducta y en la piedad, esperando y acelerando la venida del Día de Dios, en el que los cielos, en llamas, se disolverán, y los elementos, abrasados, se fundirán? Pero esperamos, según nos lo tiene prometido, nuevos cielos y nueva tierra, en los que habite la justicia.

Por lo tanto, queridos, en espera de estos acontecimientos, esfuércense por ser hallados en paz ante él, sin mancha y sin tacha. La paciencia de nuestro Señor júzguenla como salvación" (3,10-15a).

**Padre Arnaldo Bazan**